



OH, AFRICA

África, una de las varias grandes divisiones del Mundo.

Para mí, África siempre fue como una turmalina dura, transparente o traslúcida, de cuyas variedades, que son diversamente coloreadas, las hay que son como piedras finas, otras bastas.

Tan sólo conozco, porque las he visitado, las ciudades españolas de Ceuta y Melilla; y marroquíes: Tánger, en el estrecho de Gibraltar; Casablanca, en la Costa del Atlántico; Rabat, junto al río Bu Regreg y el océano Atlántico; Fez; Marrakech; Kenitra, junto al río Sebú; Agadir, en la costa del Atlántico, en el sur de Marruecos, ubicada en las laderas de las montañas Anti-Atlas; Mequinez, al pie de las montañas del Atlas Medio; y una jaima, tienda de campaña de los pueblos nómadas del norte de África, en el desierto del Sahara.

De las cosas que más me impactaron fue ver a encantadores de serpientes, a las que hacían bailar, saliendo de un cestillo, al son de una flauta; a muchos críos que pululaban como moscas alrededor nuestro pidiéndonos una moneda, y que todos se llamaban Mohamed; a viejos vendiéndonos cuchillos y puñales hechos con metal o hierro malo; a viejas abiertas de piernas frente a la puerta de algunos hoteles ofreciéndonos sexo que, en vez de excitarnos, nos producía ascos; y, también, pena, porque salía un conserje del hotel y las echaba a patadas.

Lo único comestible de su cocina, era el Pollo con olivas. Lo demás, era incomible. Los pinchos morunos, por ejemplo, además de oler apestosos, nos produjeron diarrea. No recuerdo bien si fue en Agadir que, al entrar a la ciudad, vimos a hombres haciendo de vientre con la falda remangada, enseñando sus pelendengues; a la salida, vimos un cementerio donde mujeres quitaban a otras mujeres los piojos de la cabeza, machacándolos contra las losas o piedras, como nos dijo un guía bereber, pensando nosotros que era una gran peluquería al aire libre.

Una anécdota que me pasó a mí: un día, paramos en un Restaurante de carretera, donde íbamos a comer a la carta. El restaurante estaba rodeado de un campo casi erial, con poca hierba. Allí pastaban unas ovejas flacas, con mala cara, como si estuvieran en peligro de muerte y con más hambre que Venus entre los griegos.

A mí se me ocurrió pedir chuletillas de cordero a la brasa; lo que hizo que mi mujer me dijera:

-Pero, chico ¿no has visto esas ovejas que están flacas, tísicas y anoréxicas? ¿Cómo se te ocurre pedir chuletillas a la brasa?

Yo, con la cabezonería que adorna al hombre macho, le contesté:

-Por mis cojones que hoy como chuletillas de cordero. Ya estoy cansado de tanto pollo con olivas.

Cuando me trajeron el plato de chuletillas, todo el comedor se echó a reír, y más mujer.

¡No eran más que seis palos de huesos chamuscados sin carne alguna;

Echándome en cara el haber pedido chuletillas, mi mujer me dijo:

-Ahora, te jodes. No eres más que un “Brasas”.

Cuando pedí explicaciones al camarero, él me contestó:

-Sir, así es como hacemos aquí las chuletillas de cordero.

Enseguida me entraron afufas, ganas de escapar de ahí; y dolores de bajo vientre.

Lo único bueno del día fue que, en la noche, fuimos a una jaima por ver la danza del vientre. Cenamos pollo con olivas, ¡otra vez! ; bebimos té aromáticos y cafés; después, mientras veíamos a las danzantes, bebimos zumo de naranja de Marraquesh; yo, acompañe con ginebra.

Esa danza de los culos sí que me excitaba el apetito sexual. Tanto que, cuando regresamos al hotel, en el dormitorio, que ocupábamos, con una cama enorme en la que cabían un varón y cinco o seis putas, le dije a mi mujer:

-Yo soy tu jeque, y tú mi jaca. Ahora voy a follarte.

Ella se echó a reír a más no poder, diciéndome:

-No sé cómo puedes tener ganas después de haber comido esas chuletillas. Ahora te veo la minina bien quemada y chamuscada.

Yo caí con mi armazón en que descansa la pieza de artillería de amar, cansado; y me quedé dormido encima de la cama como un tronco.

Marruecos tiene una cultura diferente, lo sabemos. Sigue en la Edad Media: su gente, sus calles, sus zocos, sus medinas y también, por supuesto, el encanto de sus sabores de té, el olor a chotuno de sus pinchos morunos, la mierda. Sólo se salvan la leche de almendras amargas, el zumo de naranja y sus burros.

“MekMek” es la expresión que escuchamos cuando el señor del Burro nos pide paso, y hay que dejarles pasar primero, pues tienen preferencia los Asnos.

-Daniel de Culla